

FILMS de AMOR

AMOR POR OBEDIENCIA



Num.
295

Cms.
25

Ivan Lederell - Betty Compson

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION, ADMINISTRACION Y TAQUERES
Valencia, 234-Avenida 707-Barcelona

"ALAS"

AGENCIA DE VENTAS
Sociedad Civil Española de Libros y Periódicos, S. A. y S. B. - Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES N.º 225

AMOR POR OBEDIENCIA

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por el actor considerado como el nuevo Rodolfo Valentino.

IVAN LEDEBEFF

Narración de HARRY BALTMORE

.....
Producción R. K. O.

Distribuida por S. I. C. E.
P.º de Gracia, 29 Barcelona
.....

REPARTO

Captán Orloff	IVAN LEDEBEFF
Alma	Genevieve Tobin
Diana	Betty Compson

Argumento de dicha película

PRIMERA PARTE

Era en los años de la Guerra Europea, cuando los hombres se destruían unos a otros y cuando todas las órdenes se encaminaban a buscar el medio de poder destruir al enemigo.

Durante uno de los más encarnizados combates del frente ruso, el capitán Orloff, quien hasta la llegada de la guerra no se había cuidado de otra cosa que de cortejar mujeres, presenciaba dolorosamente como los hombres mandados por él iban cayendo bajo el fuego de la metralla enemiga. Cuando más inminente parecía la derrota llegó hasta el capitán un oficial de órdenes y le dijo:

—Capitán Orloff, el Alto Mando ordena la retirada. El enemigo está al corriente de nuestros planes.

—Es verdad—murmuró con rabia el capitán Orloff—, han caído en una emboscada, pero ha de salvarlos.

Y sin meditar su acción se puso al frente de sus soldados y en un ataque desesperado rompió el cerco en que se hallaba, al fin, aquella acción estuvo a punto de costarle la vida.

Días después, en el hospital de sangre donde había sido llevado el capitán, la enfermera llamó al médico de guardia y mostrándole el rostro cadavérico del herido, le dijo emocionada:

Doctor... Temo que muera el capitán Orloff.

El médico reconoció el estado del herido y respondió confiadamente:

—No hay nada que temer, dentro de poco estará curado y su convalecencia no será larga... Otra vez podrá ser el temible conquistador de nuestras damas.

El doctor decía aquello, porque en San Petersburgo era proverbial la fama de que gozaba el capitán como hombre temible para las mujeres. Su elegante figura, su conversación atractiva, su dominio de sí mismo y la galantería que sabía emplear con las mujeres, habían hecho de él un tipo interesante por demás y no había dama que no se disputase la amistad del capitán Orloff, si es que otra cosa más íntima no podía conseguir de él.

Como dijo el doctor, al poco tiempo el capitán completamente restablecido, empleó el permiso que obtuvo, en cortejar a las mujeres, pero la discreción que empleaba era tal que los Jefes del Servicio Secreto llegaron a pensar en él, como en la persona indicada.

suma para desempeñar una difícil y comprometida misión.

A este efecto, fué requerido a presencia del coronel y cuando anunció su visita, se encontró en el despacho de su jefe a éste que hablaba con su esposa. Orloff, al verla apenas se prestó atención a la dama, mientras que su jefe le decía indicándole a la dama:

—¿No conocía usted a mi esposa?

El capitán, afectando una gran extrañeza, respondió:

—¿Su esposa?... No he tenido el gusto de ser presentado a ella, hasta ahora.

—Voy a anunciarle al coronel —le dijo el esposo de la dama y mientras que éste entraba en el despacho del coronel, ella aprovechó el instante para decirle:

—Por favor, sea discreto Orloff.

El capitán siguió al sujeto del Servicio Secreto y cuando estuvieron en el despacho del coronel, éste le dijo:

—Le suplico la mayor atención a lo que voy a decirle.

Orloff prestó atención a las palabras del coronel que continuó diciéndole:

—En Rumanía, la situación es crítica. Su neutralidad está indecisa y el enemigo se entera inmediatamente de nuestros radios y telegramas. Sin duda en Bucarest debe haber un agente enemigo que precisa descubrir.

Orloff comprendió la que querían decirle y respondió algo molesto:

—Y yo he de marchar a Rumanía como espía?

—Es un deber que le impone la patria—le contestó el coronel.

Pero, Orloff siempre dentro de la mayor disciplina exclamó dignamente:

—En mi educación no me enseñaron cómo debo expresarse, sólo aprendí a luchar.

En aquel instante entró un oficial y entregó un despacho al coronel diciéndole:

—Informe del tercer ejército.

El coronel abrió el sobre y cuando leyó su contenido exclamó:

—¡Otro fracaso!... Han atacado por sorpresa y hemos tenido grandes pérdidas... El enemigo ha sido enterado de todo anticipadamente...

Orloff se acordó de la emboscada que le habían tendido en otro tiempo y su amor por sus hermanos que luchaban fué tanto, que aceptó.

El coronel, una vez obtenida la conformidad de Orloff, le dijo:

—Saldrá usted inmediatamente para Bucarest y nosotros avisaremos a nuestro embajador de que llegará usted y es portador de un mensaje verbal.

—¿Tienen ustedes alguna sospecha de quién pueda ser ese agente secreto?—inquirió Orloff.

—Sospechamos de una mujer—le respon-

dió el coronel—pero recuerda capitán, que las hay más terribles que un ejército.

No lo olvidaré—contestó sonriendo el capitán—Lo que únicamente pido, es poder obrar con plena autoridad e independencia.

Concedida—replicó el coronel—A usted le toca averiguar quién es el espía enemigo.

¿Y el mensaje?—preguntó Orloff.

No existe. Eso lo comunicaremos al embajador, para despistar a nuestros enemigos, sobre el motivo de su viaje. Usted actuará de ciego y estoy seguro de que si es una mujer caerá en la trampa que le tienda.

El coronel hizo una seña, como indicándole que había terminado la entrevista y Orloff, salió de su despacho para dirigirse a su casa y preparar su marcha.

SEGUNDA PARTE

Aquel mismo día, en el expreso que iba hacia la capital de Rumania, en uno de sus departamentos el capitán Orloff hablaba con su fiel ordenanza, y le decía:

—Mítele, he de habérmelas con un espía y necesito de tu ayuda. Se trata de una mujer de la que dicen que es sumamente curiosa. He de hacerme amigo de todas las damas

curiosas que encuentre... figúrate si es trabajo!

—¡Si yo pudiera ayudarle, en eso de conquistarlas!—comentó apenado el ordenanza al comprender que con su tipo, pocas conquistas podría hacer de grandes damas.

Orloff sonrió ante la respuesta de su servidor y le dijo:

—Tu única misión es la de vigilar constantemente.

Al cabo de unas horas de marcha, el tren paró en la primera estación de Rumania y Orloff vió parada en el andén a una mujer, cuya belleza llamó inmediatamente su atención. A pesar de su costumbre en tratar con mujeres y de sus muchas conquistas, el capitán no pudo evitar una verdadera atracción hacia aquella desconocida cuyos encantos tenían el doble atractivo de la inocencia que se reflejaba en su rostro.

Lo que no advirtió el capitán fue que tras ella, un hombre miraba recelosamente el vagón donde él viajaba y que intencionalmente se colocaba junto a su ventanilla.

La joven en cuestión, subió al tren y casualmente entró en el departamento del capitán, a quien dijo, al verlo:

—Usted perdóname... Buscaba un departamento y veo que no hay ninguno libre...

—Me encanta poderle ofrecer el mío, señorita—respondió Orloff, pensando en si sería aquella la mujer que buscaba.

—Muchas gracias—respondió la joven, sentándose en el otro extremo del asiento, mientras que desde el andén el individuo misterioso seguía con avidez todos los movimientos del capitán y de la joven.

Partió nuevamente el tren y Orloff afectando no sentir ningún interés por ella se puso a leer un diario, aun cuando no podía evitar el mirarla alguna vez, sin que la joven se diera cuenta de ello. Finalmente la muchacha sacó un libro y se puso a leer distraídamente, hasta que Orloff, deseando trabar conversación con ella le preguntó:

—Perdone, señorita?... ¿Sería indiscreto preguntarle de qué trata ese libro que parece merecerle tanto interés?

La joven sonrió ingenuamente y respondió:

—Ni lo sé yo misma, pero por curiosidad recojo todos los libros raros que encuentro. Tengo un gran defecto y es el de sentir una gran curiosidad por todo...

El capitán, ante aquella "curiosidad", se puso en guardia para no ser sorprendido y siguió hablando con ella de cosas sin importancia, hasta que llegó la hora de comer.

—¿Me permite usted invitarla a mi mesa?

—le preguntó galantemente el capitán.

La joven, que lo mismo que su acompañante, parecía mostrarle gran interés, respondió aceptando la invitación y una hora después, habían acabado de comer y se ha-

bían convertido en dos buenos amigos... A lo menos así lo pensaba ella.

La joven sacó de su bolso un lápiz de los lubos y mientras se arreglaba Orloff le dijo sonriendo:

—¡Cuántas cosas esconde la cartera de una dama!

Ella se echó a reír y empezó a sacar una serie de pequeños objetos, a cuál más raro que obligó a Orloff a decirle nuevamente:

—¿Me permite usted que vea todos los secretos que lleva en su bolso?... Debe ser interesantísimo conocerlos?

La joven sacó del bolso un papel, lo dobló cuidadosamente y después de guardárselo le entregó el bolso al capitán, quien lo miró, fingiendo una gran curiosidad. Cuando se dio cuenta de que nada importante contenía se lo devolvió a su dueña, diciéndole:

—¿Debe ser un secreto muy importante ese papel que ha guardado?

—¿Quién sabe?—respondió sonriendo la muchacha.

—Por cierto y gracias a mi curiosidad, que también es mucha—siguió diciéndole el capitán—he leído en una invitación que había en su bolso, que es netad la condesa Diana Dorohy y que asistirá mañana a la recepción que da el embajador de Rusia en Rumanía...

—Así es, en efecto—respondió la condesa Diana—, ¿Piensa usted ir también?



— ¡Ta! vez vaya yo a esa recepción!

— Todavía no he sido invitado, pero es lo más probable que nos veamos allí.

Y hechos dos verdaderos amigos, Diana y Orloff llegaron aquella noche a Bucarest, en cuya estación encontraron otra vez, sin que ninguno se apercibiera al extraño individuo que los había estado espionando durante todo el trayecto.

A la noche siguiente, los salones de la Embajada rusa se hallaban concurridísimos por

todo el elemento oficial que había sido previamente invitado y por lo más sobresaliente de la gran sociedad. En las invitaciones rezaba que el motivo de la recepción era en honor al capitán Orloff y las damas que allí habían, muchas de las cuales estaban al corriente de las aventuras galantes del capitán, esperaban con verdadera impaciencia el poder conocer al capitán.

Entre ellas había una cuya extraordinaria belleza llamaba poderosamente la atención. Pero a diferencia de la belleza de la condesa Diana, la de esta otra era excoisante, una de esas bellezas misteriosas que fascinan y subyugan dominadoras. Algo apartada del resto de los invitados, se cubría casi todo el rostro con un gran abanico de encaje, mientras que a su lado un oficial ruso le decía:

— ¡Alma! ¿Por qué me desprecias ahora?... Bien sabes que te he dado pruebas de amarle sinceramente...

Ella, sin dignarse siquiera mirarlo le respondió con fría indiferencia:

— Déjate de escenas ridículas ahora y ten cuidado que el coronel Gorin nos observa. No olvides que es mi prometido...

En efecto, el coronel Gorin, agregado militar a la embajada rusa, observaba a Alma hasta que por fin se acercó a ella diciéndole, galantemente:

— ¿Supongo que me habrás reservado un baile, Alma?

La joven se cogió del brazo de su prometido y cruzó el salón, hasta que una dama se acercó a ella y le dijo:

—Baronesa Corrin, la felicito por su noviazgo con el coronel Gorin.

Alma, que sabía que no era sincera aquella felicitación, con la que la soeterona dama pretendía ocultar la envidia que le producía, respondió burlonamente:

—Estoy deseando poder corresponder a su sincera felicitación con la mía... ¿Cuándo será?

—No sé, no sé—exclamó la otra, sin advertir el tono con que había sido hecha la pregunta.

Alma siguiendo su burla nuevamente, le preguntó intencionadamente:

—Madame Blinis, ¿piensa ser usted muy amable con el homenajeado capitán Orloff?

—Estoy deseando conocerle—exclamó Madame Blinis—. ¿Cómo es coronel?

—Miralo—respondió el coronel, señalando hacia la escalera, en el momento en que Orloff bajaba acompañado del embajador, a quien decía en aquel instante:

—La recomendación que traigo del Servicio Secreto es que sólo a usted revelara el objeto de mi viaje.

—Ya tengo algunas instrucciones—le respondió el embajador—. En primer lugar le presentaré algunas damas... entre ellas estará también esa condesa Diana Doreby...



— La baronesa Alma Tracy, capitán.

Seguidamente se dirigió al centro del salón y Madame Blinis consiguió ser una de las que primeramente hablaban con él, mientras que Diana, que había visto llegar al capitán, le miraba curiosamente.

Alma se fijó en ella, desde que apareció el capitán, y acercándose a la condesita, le dijo curiosamente:

—¿Conoce usted ya al capitán Orloff?

—Hemos hecho el viaje juntos—respondió

Diana —. Pero Madame Blinis lo ha cogido por su cuenta y será difícil hacer que lo suelte.

La ayudará a usted y procuraré ridiculizar a Madame Blinis. Venga conmigo.

Diana siguió a la baronesa Corrin, quien al llegar donde estaba Madame Blinis, le dijo:

—Amiga mía, tenga la bondad de presentarme al capitán...

Madame Blinis hizo la presentación y Alma le dijo a Orloff:

—¿Preguntaba usted a Madame Blinis, cómo sigue con su reuma?

La otra miró airadamente a la baronesa y se alejó del capitán, al mismo tiempo que el embajador llegaba acompañado del coronel Gorin y le decía:

—Voy a presentarle al coronel George Gorin, agregado militar de nuestra embajada y prometido de la baronesa Corrin.

—Le felicito, mi coronel — exclamó Orloff. — Indudablemente es usted un hombre de suerte.

—Muchas gracias, capitán — respondió el coronel —. Descarta hablarle de algo muy importante.

Salieron hacia la terraza y el coronel continuó diciéndole:

—Aun cuando no me hayan dado cuenta de su misión, la sospecho y mi deber es velar por usted... Entre estas damas corre usted más peligro que en el mismo campo de bata-

lla y he dado orden de que dos de mis oficiales le protejan.

Orloff se sintió molesto por aquella protección que pensaba otorgarle el coronel y respondió:

—Mi misión es personal e independiente y no puedo acatar órdenes de nadie, ni admitir ninguna clase de protección, sin que yo la pida.

—No se incomode, capitán — replicó el coronel — y piense que cualquier error puede costarle la vida.

Pierda cuidado que no acostumbro a cometerlos — terminó diciendo el capitán, al ver que Madame Blinis venía en su busca, para que le concediera aquel baile.

Se pusieron a bailar y mientras lo hacían el capitán le dijo:

—Su perfume de violeta es tentador, Madame Blinis.

—Siempre he usado este perfume, porque es el más discreto y a mí las cosas discretas me encantan... ¿No le sucede lo mismo, capitán?

—Completamente identificado con su parecer, Madame Blinis — respondió el capitán.

La orquesta paró de tocar y el baile siguió: le dedicó el capitán a la condesita, a quien le dijo aspirando su perfume.

—El perfume de gardenia es lo más atractivo que conozco.

—Le gusta a usted? — preguntó halagada la condesita.

—Me extasia — respondió Orloff—. Es un perfume que denota el gusto exquisito de quien lo usa.

Y mientras bailaban uno y otro se sentían entusiasmados de aquella proximidad que parecía hacer más fuerte la amistad que en ellos había nacido desde el primer instante en que se conocieron.

Al siguiente baile fué en busca de Alma, y por más que intentó observar el perfume que usaba, advirtió que aquella mujer, por rara casualidad, no se perfumaba. Esto hizo que comenzara su conversación diciéndole:

—Son encantadores los valsos franceses, como éste... ¿No le parece?

—Le advierto — le respondió incitante la baronesa — que también mi caballo sabe valsar en el parque de Sinava...

—Sería para mí un gran placer el poderlo comprobar.

—Pues el lunes por la mañana podrá usted hacerlo, si lo desea...

Y mientras que en el salón de honor se bailaba, desde la parte superior de la escalera el simpático Gable hacía el amor a la doncella de Alma y le decía:

—Me gusta el nombre de Natalia que llevas... ¿Y el mío no te gusta a ti?

La doncella, sin hacerle caso se alejó de allí,

al ver que subía el capitán Orloff, que le preguntó a su ordenanza:

—¿Qué haces aquí?

—Estaba investigando, mi capitán — respondió el ordenanza—. Precisamente hablaba con la doncella de la baronesa Corrý, para ver si sabía algo...

—Está bien — respondió el capitán, quien pensó que, a veces, por los criados se saben cosas importantes—. Hazte amigo de la doncella, pero sin despertar sospechas.

—Desende, capitán — respondió sonriendo socarronamente el ordenanza.

Mientras tanto, la baronesa había ido en busca de Diana y le dijo:

—Quiero pedirte un favor, amiga mía... Ya sabes el cariño que siento por mi doncella y me veo obligada a despedirla... Mi prometido se ha empeñado en que la despidas y quisiera que tú la tomaras a tu servicio...

—No tengo inconveniente — respondió Diana—. Precisamente me haces un favor evitando buscar una...

—Muchas gracias, querida — respondió la baronesa, marchando hacia donde estaba su prometido, al mismo tiempo que hacía una seña al personaje misterioso que había seguido durante todo el viaje al capitán Orloff.

Este, que había vuelto en busca de Diana, le ofreció su brazo y la joven le dijo sonriendo:

—¿Verdad, capitán, que no hay nada tan

delicioso como los perfumes... del parque, en la terraza?

Orloff comprendió la intención de la joven y la llevó hasta la terraza del jardín, donde la joven le preguntó:

—¿Sigue interesándole el contenido de aquel papel que guardé?

—Le confieso la verdad — respondió el capitán—. Aquel papel ha llegado a intrigarme... ¿Por qué no me lo deja usted leer?

—Se trata del secreto de una dama y no debe usted saberlo — respondió sonriendo angelicalmente la condesita.

Antes que ella pudiera responder sonó un disparo y la condesa y Orloff vieron caer herido al mismo oficial que había requerido de amores a la baronesa. Los invitados, al oír el disparo corrieron a la terraza y, cuando intentaron prestar auxilio al oficial advirtieron que éste estaba muerto. El coronel se le quedó mirando y, acercándose al capitán, le dijo en voz baja:

—Estaba a nuestro servicio, como espía... Aunque creo que nos traicionaba a todos...

Aquel incidente terminó con la fiesta y cada invitado fué desfilando, hasta que quedaron únicamente Madame Bimis y el capitán Orloff, que no veía medio de librarse del asedio de aquella mujer. Se vió obligado a ofrecerse para acompañarla y ella aceptó diciéndole:



— Estaba a nuestro servicio de espionaje.

—Noche horrible, capitán... Primero el asesinato y luego mi chófer que se ha marchado sin avisarme... Algo grave le debe haber ocurrido...

—Llegaron al hotel donde se hospedaba el capitán y cuando se creyó que al fin se iba a librar de aquella mujer, Madame Bimis le dijo lo más amorosamente que pudo:

—¿Qué suerte la mía!... Estoy en el cuarto

contiguo al suyo... Así me encontraré más segura.

Por fin el capitán logró despedirse de ella y se dirigió hacia sus habitaciones, donde debería estar ya Guille esperándole.

TERCERA PARTE

Al día siguiente, en el despacho de la Embajada, Orloff se hallaba hablando con el embajador, quien le decía:

—¿Logró usted averiguar algo anoche? Invité a todas las damas de las que se pueden sospechar...

—He averiguado — respondió el capitán — que la condesa Diana Dorchy tiene la costumbre de no llevar nunca nada más que un pendiente y que la baronesa Alma Corry no usa perfumes... ¡Ah!, también he observado que Madame Blinis es pesadísima...

—Es bien poca cosa eso — respondió pensativo el Embajador —. No pierda el tiempo, capitán. Ya sabe que todo depende de que usted descubra a esa espía...

—Procuraré cumplir mi misión lo antes posible — respondió el capitán.

Cuando llegó el lunes, el capitán Orloff paseaba a caballo por el parque en compañía de Alma y esta le preguntó intencionalmente:

—¿Hace mucho que no ha visto usted a Diana?

El capitán comprendió el sentido de aquella pregunta y respondió con exquisita galantería:

Bien sabe, Alma, que es usted la única mujer que me interesa... Tiene usted sobre todas las demás una atractivo inexplicable.

En aquel momento divisaron a Madame Blinis que venía en un coche y que al verlos se detuvo llamándolos. No tuvieron más remedio que acercarse a ella y Madame Blinis le dijo al joven militar:

—Muchas gracias, capitán, por las gardenias que me ha enviado...

El capitán se quedó extrañado, pensando que él había dado orden a la florista para que aquellas flores fueran enviadas a Alma y Madame Blinis, dirigiéndose a la baronesa, le dijo sonriendo:

—Buenos días, baronesa... No la había conocido de pronto... A pocas damas lo siento tan bien como a usted el traje de montar...

Al cabo de unos minutos emprendió de nuevo su paseo y el capitán procuró disculparse con la baronesa y le dijo:

—Le ruego que perdone este error incomprensible de mi florista... Las gardenias estaban destinadas a usted.

Pero, Alma, sin querer atender su explicación, o por lo menos fingiéndolo así, fustigó su caballo y se alejó del capitán.

Este intentó volver nuevamente hacia la población, pero apenas había andado unos minutos, cuando se encontró con Diana que iba paseando en compañía de hermoso gaigo ruso. Orloff se apresuró a detenerla y le dijo:

—Su encuentro es lo más agradable sorpresa que podía tener...

Se apeó inmediatamente del caballo, mientras que Diana le recriminaba rabiosilla diciéndole:

—¿Acaso no ha encontrado a nadie a quien hacerle el amor esta mañana?

—No sea mala, Diana, y comprenda que he de ser galante con todas, aunque usted ocupe el lugar más preferente...

Llegaron poco después a una especie de merendero y se sentaron en un lugar donde no podían ser oídos ni vistos de nadie. El capitán siguió diciéndole enojado:

—Usted no es buena conmigo, Diana. Le telefono y no me contesta, le envío flores y no las luce... ¿No cree que tengo motivo para disgustarme?

—Es que usted va demasiado aprisa, capitán — respondió sonriendo la joven.

—¿Demasiado aprisa y hace ya una semana que nos conocimos en el tren? Todavía recuerdo que tenía usted un papel que no quiso enseñarme.

—¿Y si no se lo contara nunca? — preguntó sonriendo deliciosamente.

—Sentiría el no haber sabido ganar su

confianza — respondió el capitán hechizado por la dulzura de aquella mujer.

—No era nada interesante — contestó al fin Diana—. Se trataba simplemente de una lactura de medias.

Estaban tan cerca el uno del otro, era tanto el encanto que irradiaba la belleza de aquella mujer y tan encantador el sitio donde se encontraban, que el capitán, dejándose llevar por el dulce sentimiento que había sabido inspirarle la condesita, se atrajo hacia él y la besó ardientemente en la boca.

La joven contestó a la caricia y, cuando al fin se separaron sus bocas, ella exclamó sonriendo:

—Ya me figuraba yo que esto iba a acabar así, pero es preciso que nos separemos y no nos veamos más, capitán.

—¿Por qué? — preguntó extrañado — ¿Acaso duda usted de que la amo, como nunca he amado a mujer alguna?

—Tengo mis motivos para dudar — respondió la joven —. Yo le amo también, pero para creerle sería preciso que se alejara usted de las otras mujeres...

—¿Y si para tratar de todo esto — respondió Orloff — cenáramos juntos esta noche?

Diana sonrió y, después de meditarlo, terminó diciéndole:

—Iré esta noche a su hotel y cenaremos juntos. ¿Me promete que no habrá ninguna mujer?

—Se lo juro — exclamó el capitán —. Eslaremos los dos solos, a menos que alguna orden imprevista me obligue a salir del hotel.

—Pues hasta la noche, capitán.

—Hasta la noche, Diana — contestó el militar separándose de ella.

Aquella noche, cuando el capitán Orloff se vestía para cenar con Diana, entró una camarera y aquél le preguntó:

—¿Has visto a Gable?

—Hace ya días que no he podido hecharle la mirada encima — respondió la camarera superando, al mismo tiempo que cogía una sábana de la cama y la extendía para doblarla. En aquel momento entró Madame Blinis y Orloff desesperado por la persecución de aquella mujer, le dijo:

—No debía usted venir a mi habitación.

—No temo comprometerme con usted — respondió ella zalamera; pero al ver por debajo de la sábana que doblaba la doncella las piernas de ésta, creyó que se trataba de alguna dama y exclamó ofendida:

—Perdone usted, me retiró... Ya veo que estorbo.

Y antes de que el capitán pudiera darle ninguna explicación, salió de su habitación al mismo tiempo que entraba Gable. Este empezó a hacerle el nudo de la corbata y el capitán, por el espejo vió pasar disimuladamente a la baronesa de Cerry, que se escondió en la pieza contigua. La sospecha que siempre

le había inspirado aquella mujer, le hizo exclamar ante la extrañeza de Gable:

—El Embajador da mañana un te a las cuatro. Blanca bien mi ropa y no descuides la obligación... Procura buscar nuevamente aquella carta del oficial francés... Ya te he dicho que debe estar en mi traje. Búscala bien y guárdamea...

Arrojó al mismo tiempo sobre la cama varios trajes y, acercándose a su criado para que no lo pudiera oír Alma, le dijo:

—Vete abajo y cuando veas entrar a la condesa Diana Roche, deténla y dile que me han llamado de la Embajada y que no volveré aquí.

Hasta muy tarde... Sobre todo que no entre

—Está bien — respondió Gable, marchando hacia abajo y a punto de troppezar con el misterioso personaje que, fingiendo leer un diario, subió tranquilamente las escaleras por donde él había bajado...

Orloff, afectando no haberse dado cuenta de la presencia de Alma, salió a la otra habitación y exclamó extrañado:

—¿Usted aquí?... ¿Qué sorpresa!... ¿Quiere usted castigarne por lo de las flores, después de cenar conmigo?

—Precisamente he venido para hablar de ello — exclamó Alma.

—Pues voy a ordenar que suban servicio para dos.

Y mientras que Alma estaba distraídamen-



— ¡Por su fealdad, Diana!

te la habitación, Orloff cogió el aparato y dio orden de que subieran la reina.

Poco después, intencionadamente la llevó a donde había dejado sus vestidos, y en cuanto llamaron a la puerta salió a abrir, diciéndole a ella:

—Perdóneme... Voy a prevenir al camarero para que no me moleste nadie...

Dejó a la baronesa sola y empezó a hablar con el camarero fuera, aun después que éste

se hubo marchado, para mientras, ver por el espejo lo que ella lucía. La vió registrándole la ropa y ya no le cupo duda de que era ella la mujer que buscaba. Cuando más afanado estaba en su operación entró de pronto, pero aun tuvo Alma tiempo de coger la solapa de una americana que había sobre la cama y en la que había una gardenia en el ojal. Sonrió a la llegada de Orloff y le dijo:

—Estaba oliendo el perfume de esta gardenia, es delicioso.

El capitán la estrechó en sus brazos con fingido apasionamiento y respondió:

—Nunca tan delicioso como usted, Alma.

Ella dejó que la besase y al mismo tiempo fingió también una gran pasión por él.

CUARTA PARTE

A pesar de que su amo le había ordenado que vigilase la entrada de Diana, Gahla, enterado con la doncella, no se dio cuenta de la llegada de aquella y la condesita entró decidida al departamento del capitán. Al ver a este con Alma, procuró disimular el dolor que le causaba aquella acción de quien creía estaba enamorado de ella y exclamó:

—Perdónen, no llamé porque creí que estaba solo.

—Le suplico, Diana — exclamó Alma—, que no diga nada de esto a Gorin... Se pondría furiosamente celoso...

—Y sin motivos ¿verdad? — exclamó irónicamente la joven.

El capitán Orloff no sabía cómo poder justificar aquella situación y Diana le dijo:

Ha venido a despedirme, capitán... Mañana salgo para Bucarest.

—Pues celebremos la despedida juntos — exclamó Alma, ofreciéndole una copa de champagne y diciéndole: —¡Por su felicidad, Diana!

Esta, cuando terminó de beber se marchó nuevamente y Alma, al quedar sola con Orloff, le dijo:

Ya me marcho. Temo que Diana pueda ser indiscreta con Gorin.

Y sin atender a las súplicas de Orloff bajó al hall del hotel y entró directamente a un teléfono, llamando a casa de Diana.

Natalia, la nueva doncella de la condesa, se puso al habla y Alma le dijo:

Oye, Natalia... Me interesa saber la conversación de Diana y Orloff.

La doncella colgó el aparato y le dijo a su ama:

—Ha sido una equivocación de número.

Salíó de la cabina del teléfono y al pasar junto al misterioso personaje le entregó simplemente una nota escrita, que aquél se guardó sin darle importancia.

Momentos después bajó Orloff y viendo a su criado con la doncella, lo zarandeó violentamente diciéndole:

—No sé cómo no te mato, Gablo... ¿La has dejado subir? Vete a nuestro departamento y vigila...

El se dirigió a casa de Diana y la doncella, sin avisar siquiera, le hizo pasar a donde estaba su ama, que al verlo, le dijo burlonamente:

—Veo que no soy yo sola la que entra sin permiso...

—Es que tenía necesidad de verla, Diana... Por favor, déjeme que me justifique.

—No tiene que justificar nada — exclamó la joven —. Por mí puede ser amable con todas...

—Diana, no puedo ser más explícito... En mi deber obrar así.

¿Qué secreto es el suyo, que le obliga a burlarme? — preguntó la condesita—. Confíese usted, al menos, cuál es su famosa misión...

No puede decirselo, Diana — exclamó desesperado Orloff —. Es un secreto que no puedo confiar a nadie... Sólo otra persona y yo lo sabemos.

Mientras hablaba, la doncella, desde otro teléfono de otra habitación, escuchaba toda la conversación, al mismo tiempo que, en el hotel, Gablo luchaba desesperadamente con-



Apareció el enigmático personaje

tra el enigmático personaje que había entrado y que pretendía estrangularlo.

En vista de la resistencia que le ofrecía sacó una pistola y le hirió, cayendo el pobre criado sin fuerzas para continuar la lucha. Apresuradamente buscó por todas las ropas del capitán y cuando comprendió que no encontraba lo que buscaba, salió de las habitaciones de Orloff.

Gable, haciendo un esfuerzo consiguió apo-

derarse del teléfono y pidió comunicación con la casa de la condesa Diana.

Esta seguía insistiendo para que el capitán le revelase su secreto, pero Orloff se dio cuenta de que el teléfono había sido desconectado y comprendió que alguien espía su conversación, por lo que dijo:

—No puedo revelarle mi situación, Diana...

Volvió a colocar el aparato en su sitio y el timbre de él sonó insistentemente. Se dispuso a responder a la llamada y solamente pudo oír la voz de Gable que le decía:

—Está usted en grave peligro, capitán...

El capitán, en vista de que no conseguía volver a hablar con su ordenanza, se despidió precipitadamente de la condesa, diciéndole:

—Tengo que marcharme. Debe ocurrir algo grave.

Al día siguiente todas las sospechas de Gorin, debido a la declaración de la doncella de Alma, recaían sobre Diana. El capitán Orloff, seguro de la inocencia de la joven, inventó un medio con el cual creía poder descubrir a Gorin, a quien suponía también complicado y, al efecto, le dijo:

—Se equivoca usted si cree que Diana me interesa. Como prueba de ello es que parto con la baronesa de Corry para San Petersburgo... Si quiere usted comprobarlo, ella misma se lo dirá.

El coronel, llevado por sus celos, acompañó

al capitán a casa de Diana, quienes, al verlo, procuró disimular su inquietud.

El coronel, dejándose llevar por su ímpetu, le dijo:

—¿Sé todo lo que tiene usted combinado, baronesa?

Ella, creyendo que había sido descubierta como espía, respondió con tranquilidad:

—¿Creen ustedes haber ganado por completo la partida?... Piense que una espía siempre tiene medios de salvarse.

Y, en efecto, al mismo instante, el misterioso personaje salió encañonando a los dos hombres y diciéndoles:

—Por esta vez también han perdido.

Mas, antes de que se dieran cuenta, apareció el embajador y dos policías, quienes disparando contra ellos, mataron al cómplice de Alma, y prendieron a ésta.

Aquella misma noche, en el expreso que se dirigía a San Petersburgo, Alma, custodiada por los policías, iba a responder del delito de espionaje, mientras que en otro departamento, Diana y Orloff, empezaban a vivir la felicidad que les aguardaba, después de aquellos días de inquietud.

FIN

Selección de Films de Amor



La novela
predilecta
de los bellos

PRECIO
60 céntimos
== turno ==



MANVILLOSA
ESTUPENDA

SELETA
EMOCIONANTE



Después el importe
en sellos de correo
y cinco céntimos
para el certificado.
Franqueo gratis.



PRECIOS A EDITORIAL "BLAS" - Apartado 767 - Barcelona